

W. W. ROSTOW : LAS ETAPAS DEL CRECIMIENTO ECONOMICO- UN MANIFIESTO NO COMUNISTA. (México, Fondo de Cultura Económica, 1961).

Fragmento reproducido:

- Capítulo II. "Las cinco etapas de crecimiento - Resumen" (pp. 16-29).

CAPÍTULO II

LAS CINCO ETAPAS DE CRECIMIENTO.
RESUMEN

Es posible identificar las sociedades, en sus dimensiones económicas, dentro de una de estas cinco categorías: la sociedad tradicional, las condiciones previas para el impulso inicial, el impulso inicial, la marcha hacia la madurez y la era del gran consumo en masa.

La sociedad tradicional

Primero consideraremos la sociedad tradicional. Sociedad tradicional es aquella cuya estructura se desarrolla dentro de una serie limitada de funciones de producción, basadas en la ciencia, la técnica y una actitud prenewtoniana en relación con el mundo físico. Empleamos en este caso a Newton como un símbolo de esa fase de la historia en que los hombres llegaron a creer que el mundo exterior estaba sometido a unas pocas leyes conocibles, y que sistemáticamente era susceptible de una manipulación productiva.

Sin embargo, este concepto de la sociedad tradicional no es, en modo alguno, estático; y no elimina la posibilidad de incrementos en la producción. Puede ser ampliada la superficie de tierra cultivable; pueden ser introducidas en el comercio, la industria y la agricultura algunas innovaciones técnicas *ad hoc*, a menudo muy productivas; puede aumentarse la productividad, por ejemplo, con el mejoramiento de obras de irrigación o con el descubrimiento y difusión de un nuevo tipo de cultivo. Pero el hecho fundamental relacionado con la sociedad tradicional era que existía un tope al nivel de la producción obtenible *per capita*. Este límite provenía del hecho de que no eran asequibles las posibilidades científicas y técnicas modernas o que no se podían aplicar en forma regular y sistemática.

Tanto en el pasado remoto como en épocas recientes la historia de las sociedades tradicionales fue así un relato de cambios incesantes. Por ejemplo, entre ellas y dentro de ellas, fluctuaba la extensión y el volumen del comercio de acuerdo con el grado que alcanzaran las turbulencias políticas y sociales, la eficacia del gobierno central o el mantenimiento de los caminos. La población —y, dentro de ciertos límites, el nivel de vida— aumentaba y disminuía no sólo con la sucesión de las cosechas, sino también con la incidencia de las guerras y de las

epidemias. Se desarrollaron diversos grados de producción; pero, a semejanza de la agricultura, el nivel de la productividad estaba limitado por lo inaccesible de la ciencia moderna, de sus aplicaciones y del marco intelectual.

Hablando en términos generales, como consecuencia de la limitación de la productividad, estas sociedades tenían que dedicar una gran parte de sus recursos a la agricultura; y del sistema agrícola dimanaba una estructura jerárquica social, con un margen relativamente estrecho —aunque existente— para su movilidad vertical. Los nexos familiares y de clan desempeñaban un papel importante en la organización social.

El sistema de valores de estas sociedades estaba ligado, por lo general, a lo que pudiera llamarse un fatalismo a largo plazo; es decir, el supuesto de que las posibilidades abiertas para los nietos serían poco más o menos las mismas que había tenido el abuelo. Mas este fatalismo a largo plazo de ningún modo excluía la opción a corto plazo de que, dentro de un margen considerable, fuese posible y legítimo que una persona luchara por mejorar su condición de vida. En las aldeas chinas, por ejemplo, existía una lucha interminable por adquirir o retener las tierras, lo que hacía que la tierra rara vez perteneciera a la misma familia durante más de un siglo.

Aunque en las sociedades tradicionales existía con frecuencia —en una u otra forma— una autoridad política central, que superaba a la de provincias relativamente autosuficientes, el centro de gravedad del poder político se encontraba, en las provincias, en manos de los que poseían o controlaban la tierra. El terrateniente mantenía una influencia variable, aunque comúnmente profunda, sobre el gobierno político central existente, apoyado por su séquito de servidores civiles y soldados, imbuido de actitudes que trascendían la provincia y controlado por intereses que también la sobrepasaban.

Así, pues, con la frase "sociedad tradicional" agrupamos históricamente a todo el mundo prenewtoniano: las dinastías en China; la civilización del Mesoriente y el Mediterráneo; el mundo de la Europa medieval. Y agregaremos a éstos las sociedades posnewtonianas que, durante algún tiempo, permanecieron intactas y sin ser movidas por la nueva capacidad humana de manejar regularmente su circunstancia para su propio beneficio económico.

Incluir dentro de una sola categoría a tales sociedades infinitamente variadas y mutables, basándonos en la limitada productividad de sus

técnicas económicas es, en verdad, decir bien poca cosa. Pero, después de todo, estamos simplemente despejando el camino con el objeto de entrar de lleno en el tema de este libro, es decir, el de las sociedades postradicionales, en las que se alteraron las diversas características primordiales de toda sociedad tradicional de manera que les permitiera un crecimiento regular: su política, su estructura social y, en cierto grado, sus valores, así como su economía.

Condiciones previas para el impulso inicial

La segunda etapa de crecimiento abarca las sociedades que se hallan en proceso de transición, es decir, el periodo en que se desarrollan las condiciones previas para el impulso inicial; pues requiere tiempo transformar una sociedad tradicional de manera que pueda explotar los frutos de la ciencia moderna, defenderse de los rendimientos decrecientes y gozar de los beneficios y opciones debidos al progreso a ritmo de interés compuesto.

En un principio, las condiciones previas para el impulso inicial se desarrollaron, claramente, en la Europa occidental de fines del siglo xvii y principios del xviii, a medida que las interioridades de la ciencia moderna comenzaban a traducirse en nuevas funciones de producción, en la agricultura y en la industria, en un marco dinámico que provenía de la expansión lateral de los mercados mundiales y de la competencia internacional entre unos y otros. Pero toda la quietud anterior al resquebrajamiento de la Edad Media fue apropiada a la creación de las condiciones previas para el impulso inicial en Europa occidental. De todos los estados que la componían, Inglaterra, favorecida por la geografía, los recursos naturales, las posibilidades comerciales y la estructura política y social, fue la primera en desarrollar plenamente tales condiciones previas para el impulso inicial.

Sin embargo, la historia moderna vio surgir en la forma más general esta etapa de las condiciones previas como consecuencia de una intrusión externa de sociedades adelantadas más que de manera endógena. Estas invasiones —en sentido literal o figurado— sacudieron la sociedad tradicional y comenzaron o aceleraron su desintegración; pero pusieron también en marcha ideas y sentimientos que iniciaron el proceso que construiría, partiendo de la antigua cultura, una nueva alternativa de la sociedad tradicional.

No sólo se propagó la idea de que era posible el progreso económico, también que éste era una condición necesaria para la consecución de otros objetivos igualmente convenientes: la dignidad nacional, la ganancia personal, el bienestar general o un medio mejor de vida para la juventud. La educación, al menos para algunos, se hace más extensa y se adapta a las necesidades de la actividad económica moderna. Se forman nuevos tipos de hombres de empresa —en la economía privada, en el gobierno, en ambos— dispuestos a movilizar ahorros y a correr riesgos en busca de utilidades o de modernización. Aparecen bancos y otras instituciones para el manejo del capital. Aumentan las inversiones, principalmente en el transporte, las comunicaciones y en las materias primas de interés económico para otras naciones. Se expansiona el campo de acción del comercio interno y externo. Y surgen, aquí y allá, empresas manufactureras modernas que utilizan los nuevos métodos. Pero toda esta actividad camina a ritmo lento en una sociedad y una economía que se encuentran todavía caracterizadas, principalmente, por métodos tradicionales de baja productividad, por una estructura y valores sociales anticuados y por instituciones políticas de base regional formadas a su tenor.

En muchos casos actuales, por ejemplo, persiste la sociedad tradicional al lado de las actividades económicas modernas, guiada con fines económicos limitados por una potencia colonial o semicolonial.

Aunque el periodo de transición —entre la sociedad tradicional y el impulso inicial— fue testigo de grandes cambios en la propia economía y en el equilibrio de los valores sociales, el rasgo decisivo fue por lo general de índole política. Desde un punto de vista político, la construcción de un Estado nacional centralizado y efectivo —fundado en coaliciones influidas por un nuevo nacionalismo opuesto a los intereses tradicionales sobre tierras regionales, a la potencia colonial o a ambos— constituyó un aspecto decisivo del periodo de las condiciones previas; y, casi universalmente, fue condición necesaria para el impulso inicial.

Existen muchas cosas más que es preciso decir acerca del periodo de las condiciones previas, pero pensamos tratarlas en el capítulo III en el que se examina la anatomía de la transición de una sociedad tradicional a una moderna.

El impulso inicial

Hemos llegado ahora a la gran línea divisoria en la vida de las sociedades modernas: la tercera etapa, o sea, el impulso inicial. Esta fase es el intervalo en el que, por fin, se superan todos los viejos obstáculos y resistencias contrarios a un crecimiento permanente. Las fuerzas tendientes al progreso económico, que producían brotes e inclusiones limitadas de actividad moderna, se expanden y llegan a dominar la sociedad. El crecimiento llega a ser su condición normal. El interés compuesto se transforma, por decirlo así, en parte integrante de sus hábitos y de su estructura institucional.

En la Gran Bretaña y en aquellas partes del mundo bien dotadas por la naturaleza que fueron pobladas, principalmente, por Inglaterra (los Estados Unidos, el Canadá, etc.), el estímulo inmediato de la fase inicial fue esencialmente (aunque no en su totalidad) de índole tecnológica. En el caso más general, el impulso inicial tuvo que esperar la formación de capital social fijo y una oleada de desarrollo tecnológico en la agricultura y la industria, así como la aparición en el poder público de un grupo preparado para considerar la modernización de la economía como asunto trascendental y de gran categoría política.

Durante el impulso inicial la tasa efectiva de ahorro e inversión puede aumentar, por ejemplo, del 5% del ingreso nacional al 10% o más; aunque, cuando se necesitó una fuerte inversión de capital social fijo para crear las condiciones técnicas previas al impulso inicial la tasa de inversión en el periodo de condiciones previas pudo ser mayor del 5% como, por ejemplo, en el Canadá antes del año de 1890 y en la Argentina antes de 1914. En tales casos la importación de capital constituyó comúnmente una gran proporción de la inversión total durante el periodo de las condiciones previas y, algunas veces, aun en el curso del propio impulso inicial, como en Rusia y el Canadá en la época de sus bonanzas ferroviarias anteriores a 1914.

Durante el impulso inicial nuevas industrias se expansionan con rapidez produciendo utilidades, de las cuales una gran proporción se reinvierte en nuevas plantas; y estas nuevas industrias estimulan, a su vez, a través de la necesidad cada día mayor de obreros fabriles, de servicios en su ayuda y de más productos manufacturados, una mayor expansión en zonas urbanas y en otras plantas industriales modernas. El proceso total de expansión del sector moderno produce un incremento del ingreso de los que realizan ahorros en gran proporción y

los ponen a disposición de los encargados de activar dicho sector. Se multiplica esta nueva clase de empresarios y orienta las grandes corrientes de inversión hacia el sector privado. La economía hace uso de recursos naturales y métodos de producción que hasta entonces no habían sido explotados.

En la agricultura y en la industria se difunden nuevas técnicas a medida que se comercializa la agricultura y crece el número de agricultores preparados a adoptar los nuevos métodos y los cambios profundos que ocasionan en el medio de vida. Los cambios revolucionarios en la productividad agrícola constituyen una condición fundamental para un exitoso impulso inicial, pues la modernización de una sociedad aumenta, en forma radical, su lista de productos agrícolas. La estructura económica básica y la estructura social y política de la sociedad se transforman —en una o dos décadas— de tal manera que, en lo sucesivo, puede sostenerse con regularidad, un ritmo fijo de crecimiento.

Como se indica en el capítulo iv podemos situar el impulso inicial de Inglaterra en las dos décadas posteriores a 1783; el de Francia y los Estados Unidos a varios decenios antes de 1860; el de Alemania, en el tercer cuarto del siglo xix; el de Japón en los últimos veinticinco años del siglo xix; el de Rusia y el Canadá en el cuarto de siglo, poco más o menos, anterior a 1914; en tanto que la India y China, en forma completamente diferente, no lo han conseguido sino en 1950.

La marcha hacia la madurez

Después del impulso inicial sigue un largo intervalo de progreso sostenido aunque fluctuante a medida que la economía, en crecimiento normal, pugna por hacer extensiva la tecnología moderna al frente total de su actividad económica. De un 10 a un 20% del ingreso nacional se invierte continuamente, lo que permite que la producción sobrepase, por lo común, al aumento de la población. A medida que mejora la técnica cambia incesantemente la estructura de la economía, se acelera el desarrollo de nuevas industrias y se nivelan las más antiguas. La economía del país encuentra su sitio dentro de la economía internacional: bienes que antaño se importaban se producen ahora en el país; se crean nuevas necesidades de importación y, con el fin de equipararlas, se fabrican nuevas mercancías para la exportación. De acuerdo con las necesidades de la eficiente producción moderna la so-

ciudad fija las condiciones que desea, equilibrando los valores e instituciones nuevos con los más antiguos o modificando éstos de tal manera que mantengan el proceso de crecimiento y no que lo retarden.

Unos sesenta años después de comenzar el impulso inicial (digamos, unos cuarenta años después del fin de esta etapa) se ha alcanzado generalmente lo que puede denominarse madurez. La economía, concentrada durante el impulso inicial alrededor de un complejo industrial y tecnológico relativamente limitado, ha ampliado su radio de acción hacia procedimientos más refinados y, desde el punto de vista técnico y con frecuencia, más complicados; por ejemplo, puede haber un cambio de enfoque de las industrias del carbón, del hierro y de la ingeniería pesada de la fase ferroviaria a las industrias de herramientas, productos químicos y equipo eléctrico. Ésta, por ejemplo, fue la transición por la que pasaron Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos a fines del siglo XIX, o poco tiempo después. Pero otros modelos sectoriales se han seguido también entre el impulso inicial y la madurez, que se analizan en el capítulo V.

En su aspecto formal podemos definir la madurez como la etapa en la cual la economía demuestra su capacidad para desplazar las primeras industrias que propiciaron su impulso inicial, y absorber y aplicar, efectivamente, sobre un amplísimo conjunto de sus recursos —o a su totalidad— los frutos más adelantados de la tecnología considerada entonces como moderna. En esta etapa la economía pone de manifiesto la adquisición de la suficiente habilidad técnica y de empresa para fabricar aquello que necesite, aunque no todo lo producible en el mercado mundial. Pudiera ser que carezcan (como, por ejemplo, la Suecia y la Suiza contemporáneas) de las materias primas o de otras condiciones de sustitución que se requieren para producir económicamente un tipo dado de rendimiento, pero su dependencia es más bien asunto de selección económica o de prioridad política que de necesidad técnica o institucional.

Desde un punto de vista histórico, parecen necesarios algo así como unos sesenta años para encaminar a una sociedad desde el principio del impulso inicial hasta la madurez. La explicación analítica de un intervalo de esa naturaleza puede apoyarse en la poderosa aritmética del interés compuesto aplicada al monto de capital, en combinación con las consecuencias, de mayor alcance, debidas al poder de una sociedad de absorber la tecnología moderna de tres generaciones sucesivas que viven bajo un régimen en el que el crecimiento constituye su

estado normal. Pero es obvio que no se justifica ningún dogmatismo acerca de la longitud exacta del intervalo que transcurre desde el impulso inicial hasta la madurez.

La era del alto consumo en masa

Llegamos ahora a la era del gran consumo en masa, en la cual, a su debido tiempo, los sectores principales se mueven hacia los bienes y servicios duraderos de consumo: fase de la que los norteamericanos comienzan a salir, cuyas satisfacciones no inequívocas empiezan a probar, con toda energía, Europa occidental y el Japón, y con la que la sociedad soviética se encuentra empeñada en inquieto coqueteo.

A medida que las sociedades fueron alcanzando la madurez en el siglo XX sucedieron dos cosas: el ingreso real *per capita* aumentó a tal punto que un gran número de personas alcanzaron un nivel superior de consumo que sobrepasó a los productos básicos: habitación, vestido y sustento, y cambió de tal modo la estructura de las fuerzas del trabajo que incrementó la proporción de la población urbana en relación con la población total y más tarde también la proporción de la población empleada en oficinas o en labores fabriles calificadas —conocedora y ávida de adquirir los beneficios de consumo de una economía madura.

Como complemento de estos cambios económicos, la sociedad dejó de aceptar la extensión adicional de la tecnología moderna considerándola como objetivo supeditado. En esta etapa de la posmadurez, por ejemplo, las sociedades occidentales, a través del proceso político, han optado por asignar grandes recursos para el bienestar y la seguridad sociales. El surgimiento del Estado benefactor constituye la manifestación de una sociedad que se desplaza más allá de la madurez técnica; pero es también en esta etapa cuando los recursos tienden, cada vez más, a ser dirigidos hacia la producción de bienes duraderos de consumo y a la difusión de servicios en gran escala, siempre que predomine la soberanía de los consumidores. Gradualmente se fue propagando el uso de la máquina de coser, de la bicicleta y, posteriormente, de los diversos artefactos eléctricos para uso doméstico. No obstante, desde un punto de vista histórico, el elemento decisivo ha sido la barata producción en masa del automóvil con sus efectos completamente revolucionarios, tanto sociales como económicos, sobre la vida y perspectivas de la sociedad.

El punto culminante para los Estados Unidos fue, tal vez, la implantación de la banda sin fin de montaje por Henry Ford en los años de 1913 a 1914; pero fue en el decenio de 1920 y, de nuevo, en la década de la posguerra, 1946 a 1956, cuando esta etapa de crecimiento fue virtualmente obligada a llegar a su conclusión lógica. Europa occidental y el Japón parecen haber entrado de lleno en esta fase en el decenio de 1950, como respuesta esencial a un impulso de sus economías totalmente inesperado en los primeros años de la posguerra. En el aspecto técnico, la Unión Soviética se encuentra preparada para esta etapa y tiene todos los visos de que sus ciudadanos la esperan con ansiedad; pero si se llega a iniciar, los dirigentes comunistas tendrán que encarar difíciles problemas sociales y políticos de adaptación.

Más allá del consumo

Es imposible predecir hasta qué grado pueda llegarse más allá, salvo quizá cuando observamos el hecho de que en la última década los norteamericanos, por lo menos, han procedido como si, tras un momento crítico, la utilidad marginal relativa decreciente se hubiera fraguado en los bienes duraderos de consumo; y han optado, de manera marginal, por familias más numerosas —actitud acorde con el modelo de la dinámica de Buddenbrook—.¹ Se han comportado como si, por haber nacido bajo un sistema que les proporcionó seguridad económica y alto consumo en masa, concedieran valor inferior a la obtención de aumentos adicionales al ingreso real y convencional, como opuesto a las ventajas y valores que representa una familia más numerosa. Pero aun en esta aventura que se hace general es un poco prematuro crear, fundándose en un solo caso, una nueva etapa de crecimiento basada en bebés, como siguiente paso a la época de los bienes duraderos de consumo: como lo expresarían los economistas, la elasticidad-ingreso de la demanda de bebés de sociedad a sociedad puede variar considerablemente. Pero lo cierto es que las implicaciones del auge de la natalidad junto con el déficit, no del todo inconexo, del capital social fijo dominarán probablemente la economía norteamericana durante la próxima

¹ En la novela de las tres generaciones [*Los Buddenbrook*], de Thomas Mann, la primera buscó el dinero; la segunda, que había nacido en la riqueza, trató de adquirir la posición cívica y social; la tercera, nacida en la opulencia y el prestigio familiar, consagró su vida a la música. De donde el argumento está formulado para sugerir las aspiraciones cambiantes de las generaciones, a medida que éstas conceden escaso valor a lo que dan por sentado y buscan nuevas formas de satisfacción.

década por encima de la mayor difusión de los bienes duraderos de consumo.

He aquí, pues, en forma más impresionista que analítica, las etapas de crecimiento que pueden destacarse una vez que una sociedad tradicional inicia su modernización: el periodo de transición, en el cual se crean las condiciones previas para el impulso inicial, en respuesta, generalmente, a la intrusión de una potencia extranjera, coincidiendo con ciertas fuerzas nacionales que contribuyen a la modernización; el propio impulso inicial; la marcha hacia la madurez que, por lo general, abarca aproximadamente la vida de dos generaciones más; y luego, por último, si el aumento del ingreso ha logrado igualar la difusión de la maestría técnica (lo que, como veremos, no es necesario de inmediato), la desviación de la economía en plena madurez hacia el abastecimiento de bienes y servicios duraderos de consumo (así como el Estado benefactor) para su creciente población urbana —y, posteriormente, a la suburbana—. Queda, aparte de esto, el problema de si se producirá o no un estancamiento espiritual secular y, si es así, cómo podrá detenerse el hombre de éste: tema que se considera en el capítulo vi.

En los cuatro capítulos siguientes examinaremos con más detenimiento y vigor las condiciones previas, el impulso inicial, la marcha hacia la madurez y los procesos que han conducido hacia la época del alto consumo en masa. Pero, aun en esta introducción, debemos darle claridad a una característica del sistema.

Una teoría dinámica de la producción

Estas etapas no son sólo descriptivas. No representan, simplemente, una forma de generalizar ciertas observaciones de los hechos relacionados con la secuela del desarrollo de las sociedades modernas. Poseen continuidad y lógica internas y tienen un fundamento analítico, arraigado en una teoría dinámica de la producción.

La teoría clásica de la producción se formula de acuerdo con supuestos esencialmente estáticos que se congelan —o permiten únicamente un solo cambio— en las variables más adecuadas para el proceso del crecimiento económico. A medida que los economistas modernos han tratado de fusionar la teoría clásica de la producción con el análisis keynesiano del ingreso, han ido introduciendo las variables dinámicas: población, tecnología, espíritu de empresa, etcétera. Pero se

han inclinado por hacerlo de manera tan rígida y general que sus modelos no pueden captar los fenómenos esenciales del crecimiento tal como se le aparecen a un historiador de la economía. Tenemos necesidad de una teoría dinámica de la producción que aísle no sólo la distribución del ingreso entre el consumo, el ahorro y la inversión (y el equilibrio de la producción entre consumidores y bienes de capital), sino que se concentre, directamente y con algún detalle, en la composición de la inversión y en desarrollos propios de sectores particulares de la economía. El tema siguiente tiene por base dicha teoría flexible y desintegrada de la producción.

Cuando se amplían los límites convencionales de la teoría de la producción es posible definir las posiciones teóricas del equilibrio para la producción, la inversión y el consumo como un todo y para cada sector de la economía.²

Dentro del marco fijado por las fuerzas que determinan el nivel total de producción, en el lado de la demanda, las posiciones sectoriales óptimas son establecidas por los niveles de ingreso y población y por la naturaleza de los gustos; en el lado de la oferta, por el estado de la tecnología y la calidad del espíritu de empresa, tal como ésta determina la proporción de las innovaciones disponibles por la técnica y lucrativas en potencia, que se encuentran realmente incorporadas a los bienes de capital.³

En suma, se debe presentar una hipótesis empírica que es en extremo significativa: que la desaceleración constituye la trayectoria normal óptima de un sector debido a la variedad de factores que operan en ella, desde la oferta y la demanda.⁴

Los equilibrios resultantes de la aplicación de estos criterios forman un conjunto de trayectorias sectoriales, de las que, como primeros derivados, surge una serie de modelos óptimos de inversión.

Naturalmente, los modelos históricos de inversión no fueron una réplica exacta de estos ejemplares óptimos. Sufrieron una distorsión como consecuencia de las imperfecciones en el proceso de la inversión

² W. W. Rostow, *The Process of Economic Growth* (Oxford, 1953), especialmente el capítulo iv. También, "Trends in the Allocation of Resources in Secular Growth", capítulo xv del *Economic Progress*, ed. Leon H. Dupriez, con ayuda de Douglas C. Hague (Lovaina, 1955).

³ En un modelo cerrado, una teoría dinámica de la producción debe tener en cuenta, como aspectos sectoriales de la inversión, las existencias variables de la ciencia básica y aplicada, lo que se ha hecho en *The Process of Economic Growth*, especialmente en las pp. 22-25.

⁴ *Ibid.*, pp. 96-103.

privada, de las políticas seguidas por los gobiernos y del impacto producido por las guerras. En forma transitoria, las guerras alteraron las finalidades lucrativas de la inversión al crear demandas arbitrarias y cambiar las condiciones de la oferta, destruyeron capital y, ocasionalmente, aceleraron el desarrollo de una nueva tecnología adecuada a la economía de paz, modificando la estructuración social y política por medios conducentes al crecimiento de tiempos de paz.⁵ De estas desviaciones de los modelos óptimos, que ocurren en la realidad, resulta la sucesión histórica de los ciclos económicos y de los periodos de tendencias; y, conjuntamente con el impacto de las guerras, tales fluctuaciones producen trayectorias históricas de crecimiento que difieren de las señaladas por los modelos óptimos calculados con anterioridad.

Con todo, la historia económica de las sociedades en crecimiento adquiere parte de su forma imperfecta del esfuerzo que hacen tales sociedades a fin de aproximarse a las trayectorias sectoriales óptimas.

En cualquier periodo, la tasa de crecimiento de los sectores variará considerablemente; y en las etapas iniciales de su evolución es posible aislar empíricamente ciertos sectores principales, cuyo rápido ritmo de expansión desempeña, directa e indirectamente, un papel fundamental en el mantenimiento del impulso integral de la economía.⁶ Es conveniente, con ciertos propósitos, caracterizar a una economía en términos de sus sectores principales; y cierta parte de la base técnica de las etapas de crecimiento estriba en la sucesión cambiante de estos mismos sectores. Que en el principio de su vida los sectores tengan tendencia a una rápida fase de crecimiento es, en esencia, lo que hace posible y útil considerar la historia económica como una sucesión de etapas y no, simplemente, como un todo uniforme y continuo, dentro del que la naturaleza jamás avanza a saltos.

Sin embargo, las etapas de crecimiento requieren igualmente que se tomen en cuenta las elasticidades de la demanda y que se amplíe este conocido concepto, ya que estas fases de rápido crecimiento en los sectores provienen de la discontinuidad de las funciones de producción y de las grandes elasticidades-precio o elasticidades-ingreso de la demanda. Los sectores principales se determinan por el curso cambiante de la tecnología y la cambiante disposición de los hombres de empresa para aceptar las innovaciones disponibles y, en parte, por aquellos

⁵ *The Process of Economic Growth*, capítulo vii, especialmente pp. 164-167.

⁶ Una exposición de los sectores principales, sus consecuencias directas e indirectas y los diversos caminos de sus choques pueden verse en "Trends in the Allocation of Resources in Secular Growth", *loc. cit.*

tipos de demanda que han dado muestras de gran elasticidad en relación con el precio, el ingreso o con ambos.

Sin embargo, la demanda de recursos es resultado de las exigencias impuestas por las decisiones sociales y por las políticas de los gobiernos —estén acordes o no con el sistema democrático— y no sólo por las apetencias y opciones particulares. Es necesario, por lo tanto, observar las selecciones hechas por las sociedades al disponer de sus recursos en condiciones que superen a los procedimientos convencionales del mercado. Es preciso considerar las funciones de su bienestar, en el sentido más amplio, incluyendo en ellas los procesos no económicos que las determinaron.

Por ejemplo, el curso que sigan los índices de natalidad representa una forma de selección de bienestar realizada por las sociedades, a medida que cambia el ingreso. Las curvas en la gráfica del movimiento de población reflejan (además de los índices cambiantes de mortalidad) la manera como se calculó el tamaño de la familia en las distintas etapas. A partir del descenso normal (aunque no universal) de los índices de natalidad, durante el impulso inicial o poco después, a medida que se afianza la urbanización y el progreso se convierte en una posibilidad a la vista, al aumento reciente, los norteamericanos (y otros pueblos de sociedades caracterizadas por su alto consumo en masa) parecen buscar, dentro de familias más numerosas, otros valores aparte de los que les puedan brindar la seguridad económica y un extenso abastecimiento de servicios y bienes duraderos de consumo.

Existen, asimismo, otras decisiones que han ido adoptando las sociedades a medida que las opciones que se les ofrecen han sido alteradas por el proceso evolutivo del crecimiento económico. Estas amplias decisiones colectivas, determinadas por muchos factores que están fuera del mercado —con profundas raíces en la historia, la cultura y el proceso activo de la política— han actuado a la recíproca con la dinámica de la demanda de mercado, la tecnología y el espíritu de empresa, aceptando los riesgos para determinar el contenido específico de las etapas de desarrollo en cada sociedad.

¿Cómo debería reaccionar la sociedad tradicional, por ejemplo, ante la intromisión de una potencia más adelantada? ¿Con cohesión, prontitud y energía, como los japoneses? ¿Haciendo de la debilidad una virtud, a semejanza de los oprimidos irlandeses del siglo XVIII? ¿O alterando lentamente y de mala gana la sociedad tradicional, como los chinos?

¿Cuándo se ha alcanzado el nivel de nación independiente moderna? ¿Cómo debe disponerse de las energías nacionales? ¿Deben emplearse para la agresión exterior, para corregir viejos errores o para explotar posibilidades recientemente creadas o advertidas, con el fin de aumentar el poder nacional? ¿Para completar y perfeccionar la victoria política del nuevo gobierno nacional sobre los viejos intereses regionales? ¿Para modernizar la economía?

Una vez que, con el impulso inicial, se pone en marcha el crecimiento, ¿hasta qué punto deben reducirse las necesidades de difusión de la tecnología moderna y elevarse hasta el máximo la tasa de desarrollo por el deseo de incrementar el consumo *per capita* y el bienestar?

Cuando se ha logrado la madurez tecnológica y la nación tiene bajo su control un gran aparato industrial moderno y diferenciado, ¿a qué fines debe destinarlo y en qué proporciones? ¿Al aumento del seguro social, a través del Estado benefactor? ¿A expandir el alto consumo en masa de servicios y bienes duraderos de consumo? ¿Al crecimiento del nivel y el poderío de la nación en el escenario mundial? ¿O a aumentar la ociosidad?

Entonces aparece el problema de lo que vendrá después, del cual la historia únicamente nos ofrece fragmentos: ¿qué habrá de hacerse cuando pierda su atractivo el incremento del propio ingreso real? ¿Aumentar la natalidad, llegar al hastío, descansar tres días cada fin de semana, ir a la luna o crear nuevos límites internos a la ambición humana en sustitución de los imperativos de la escasez?

Por ello al estudiar los vastos contornos de cada una de las etapas de crecimiento no examinamos simplemente la estructura sectorial de las economías, a medida que se transformaron, ajustándose al crecimiento, y crecieron; estamos también analizando una serie de opciones estratégicas adoptadas por varias sociedades en relación con la forma de disponer de sus recursos, las cuales incluyen, y sobrepasan, las elasticidades-ingreso y las elasticidades-precio de la demanda.